

El verdadero choque*

JAMES KURTH

TRADUCCIÓN: MARÍA CRISTINA ROSAS

Resumen

James Kurth caracteriza las relaciones internacionales contemporáneas después de debatir la tesis de Samuel Huntington plasmada en *El choque de las civilizaciones*. Para Kurth, no es el enfrentamiento de Occidente con el resto del mundo lo que debe considerarse, sino que son las contradicciones en el interior mismo de Occidente las que deben estudiar los analistas preocupados por definir los rasgos del mundo de finales de siglo y de milenio.

Abstract

James Kurth characterizes current international relations after debating Samuel Huntington's thesis in *The clash of civilizations*. According to Kurth it is not the West's conflict with the rest of the world which should be taken into consideration. Instead the West's internal contradictions proper should be studied by those analysts concerned with defining the features of the world of the century and millenium about to end.

¿Cuáles serán los conflictos centrales de la política mundial en nuestro futuro? Esa es la pregunta que domina en los debates actuales de las relaciones internacionales. La respuesta más amplia y controvertida la dio Samuel Huntington, cuyo concepto del "choque de las civilizaciones" provocó un verdadero choque de autores.

Intento incorporarme a este choque. Primero revisaré el actual choque de definiciones sobre la naturaleza de la nueva era en los asuntos internacionales. Revisaré el argumento central de Huntington en cuanto hace a los conflictos potenciales entre la civilización occidental y las otras, particularmente entre Occidente y la gran alianza de las civilizaciones islámicas y confucianas. Sin embargo, concluiré argumentando que el *verdadero choque* de civilizaciones, el que está dotado de mayor significado, no será entre Occidente y

* Artículo tomado de *The National Interest*, núm. 37, Fall, 1994, pp. 3-15.

el resto, sino que se trata del que ya está ocurriendo en el interior de Occidente mismo, sobre todo en el interior de la potencia principal, Estados Unidos. Éste es un choque entre la civilización occidental y una gran alianza distinta, compuesta por movimientos multiculturales y feministas. Es, en suma, un choque entre las civilizaciones occidentales y pos-occidentales.

El choque de las definiciones

En los primeros años siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial, era común que la gente se refiriera al tiempo en que vivían como "el periodo de posguerra". Pero una posguerra o cualquier otro *post* no puede durar mucho, y finalmente una era asumirá el nombre característico propio. Fue lo que ocurrió ya en 1947 y se completó en 1949. El periodo de posguerra se había convertido en la era de la Guerra Fría.

No ha tenido lugar un desarrollo como ése en nuestra época de transición. Hasta recientemente era común hablar de la era de Posguerra Fría pero continuar refiriéndose a este periodo de esa manera—casi cinco años después del fin de la Guerra Fría—parece estar forzando un poco las cosas. Sin embargo, hablar del periodo actual como el de la era de la Pos-posguerra Fría, parecería ridículo. Y pese a ello no hay una designación comúnmente aceptada para esta, sin duda, nueva era en la que nos encontramos. La falta de una terminología común para la época es una manifestación de la falta de interpretación de la situación internacional y de una base común para las políticas exteriores, como se ilustra cada día en las vacilantes y ambiguas políticas de la administración Clinton, la primera presidencia completa de la Pos-posguerra Fría.

El problema no es que no existan definiciones competidas y razonables de la nueva era, sino que hay exceso de ellas. De hecho, hacia 1993 se habían acuñado, por lo menos, cuatro grandes candidaturas de definiciones del eje central del conflicto internacional en la Posguerra Fría. De manera análoga a las definiciones basadas en la guerra en tiempos pasados, éstas son:

1. Guerras comerciales, particularmente entre Estados Unidos, Japón y Europa occidental.

2. Guerras religiosas, particularmente involucrando al islam.

3. Guerras étnicas, particularmente en el interior de la antigua Unión Soviética, la antigua Yugoslavia y los "Estados fallidos" de África.

4. Guerras frías renovadas, particularmente involucrando a Rusia y China.

Y luego llegó Samuel Huntington, al publicar un —ahora famoso— artículo que en buena medida abarcaba los cuatro distintos tipos de guerras en "el choque de civilizaciones".¹

Guerras comerciales. Inmediatamente después del colapso de la Unión Soviética y de su comunismo, es natural que algunos analistas juzgaran el triunfo del capitalismo liberal y la expansión de la economía global como aspectos centrales de nuestra era. Pero también era natural pensar en función de una continuación o analogía con tiempos anteriores, en la que los principales actores en la política internacional serían las grandes potencias, con excepción de los que Richard Rosecrance ha caracterizado como "Estados comerciales", en lugar de "Estados político-militares." Las grandes potencias serán las grandes economías, *i. e.*, Estados Unidos, Japón, Europa occidental, liderada por la recién unificada Alemania. El conflicto internacional en el interior del mundo asumiría especialmente la forma de conflicto económico o de guerras económicas.

Guerras religiosas. Otros analistas encontraron una dimensión distinta de continuación o analogía con épocas pasadas: la de las ideologías o visiones del mundo. Con el colapso del comunismo era razonable pensar que habría un nuevo conflicto con otra ideología radical, o por lo menos teológica, que tomaría su lugar, *i. e.*, el fundamentalismo islámico. (El término islamismo es una connotación mejorada de la combinación distintiva del islam tradicional y de la ideología moderna).

Para ser verdaderamente poderosa en la política internacional, una ideología o visión del mundo necesita ser "defensora de la fe", con un "Estado portador de ideas" que sirva como país central. En el comunismo, ese papel lo había desempeñado principalmente la

¹ Samuel P. Huntington, "The Clash of Civilizations?", *Foreign Affairs*, Estados Unidos, Summer, 1993, pp. 22-49. El título incluía una pregunta que fue inconsistente con las fuertes aseveraciones y el estilo acostumbrado de Huntington. Un debate entre Huntington y sus críticos continuó en los siguientes números de *Foreign Affairs*.

Unión Soviética. Así, en el islamismo, el papel de país central o de país portador de ideas desafiantes lo asumiría, aunque de manera imperfecta, Irán. Sin embargo, ocurrió que Irán no dio el paso para cumplir ese papel en 1990. Con todo, posteriormente, Irán apareció de nuevo como el país central del islamismo. Con este fortalecimiento creciente del movimiento islámico en Sudán, Argelia, e incluso Egipto, parecerían existir buenas razones para argumentar que los conflictos que involucraban el islamismo eran los elementos definitorios de la nueva era.

Guerras étnicas. Algunos analistas se abocaron a los impactos actuales de la guerra misma, particularmente de aquellas asociadas con el resurgimiento de movimientos nacionalistas característicos de las eras de pre-guerra fría. El colapso de la Unión Soviética fue también el colapso de un imperio multinacional. Lo mismo fue cierto en el colapso de Yugoslavia, que de alguna manera constituía una versión reducida de la Unión Soviética. Los viejos regímenes comunistas en la Unión Soviética y Yugoslavia expiraron con un memorable esfuerzo de represión violenta. Una vez que se fueron, sin embargo, hubo violencia entre los grupos étnicos, dejados entre las ruinas de los imperios multinacionales de los partidos comunistas, justo como fue el fin de los imperios multinacionales de dinastías tradicionales, como los Habsburgos o los Otomanos.²

Guerras frías renovadas. Otros analistas han encontrado una dimensión de continuidad o analogía con las capacidades militares de los sistemas políticos que caracterizaron la Guerra Fría. La Unión Soviética fue una amenaza por su enorme tamaño, su poder militar y su régimen autoritario. Cuando se asentó el polvo luego del fin de la Guerra Fría, a Rusia le quedó una población equivalente a sólo la mitad de la ex-URSS pero que aun así, la hacía la nación más grande de Europa. También se quedó con un territorio que equivalía a tres cuartas partes del de la URSS y que aun lo hacía el país más grande del mundo. De manera más significativa Rusia se quedó con 20 mil cabezas nucleares que aun la hacían el único Estado en el mundo capaz de destruir Estados Unidos. Una guerra renovada entre Estados Unidos y Rusia era una posibilidad plausible.

² Véase Huntington, "Eastern Question, Western Answer", *The National Interest*, Winter, 1993-1994, pp. 96-101.

Una variación del tema de la renovada Guerra Fría se presenta con China. Con su vasta población y territorio, su enorme ejército y armas nucleares, su economía ascendente y su todavía régimen comunista, tiene muchas capacidades que podrían combinarse en una amenaza a Estados Unidos.

Así, hacia 1993, existían cuatro grandes definiciones de la nueva era en la política internacional. Cada una se basó en la continuidad y en la analogía en conceptos y experiencias pasadas, y cada una parecía apoyarse en grandes acontecimientos que habían ocurrido recientemente en 1990-1993. Con tantos contendientes razonables, no existía consenso en torno a la naturaleza de la nueva era o en el enfoque de las políticas exteriores. La administración Clinton, en particular, ha sido el punto de choque entre estos contendientes y ha sido incapaz de construir una política exterior coherente.

El turno de Huntington

Fue en este contexto complejo que Huntington se incorporó al debate. Con su acostumbrado genio para discernir un patrón común subrayado en masa, y un revuelto y controvertido debate, Huntington argumenta que el eje central del conflicto en una nueva era será entre las culturas o civilizaciones. Aunque directamente él no invoca las cuatro definiciones que contienden y que hemos identificado, este concepto de civilización tiene que ver con todas ellas.

Por cuanto hace a las guerras comerciales, Huntington explica que éstas podrían ocurrir pero que no serían centrales. Estados Unidos y Europa occidental son parte de la misma civilización occidental, y los conflictos entre ellos serán marginales y manejables. Sin embargo, Japón es otro asunto porque, de acuerdo con Huntington, Japón es su propia civilización distintiva. Esto es porque, según él observa, el conflicto económico entre Estados Unidos y Japón ha sido más agudo que el que existe entre Estados Unidos y Europa. Con todo, Huntington percibe a Japón lo suficientemente cercano a los intereses de Occidente como para volver manejables los conflictos entre ambos.

De manera análoga, el conflicto entre Estados Unidos y el isla-

mismo se torna central y perenne a los ojos de Huntington. Es el ejemplo perfecto del choque de civilizaciones.

Las guerras étnicas también son centrales en el esquema de Huntington. Él resalta que el más destacado de los conflictos ha ocurrido en las "líneas fallidas" de las civilizaciones. El más obvio es entre las civilizaciones islámica, ortodoxa y occidental. De forma similar, los conflictos en el interior y entre los Estados sucesores de la ex-Unión Soviética han ocurrido no sólo entre diferentes grupos étnicos, sino entre distintos grupos civilizatorios, *e. g.*, los azerbaijanos musulmanes y los armenios ortodoxos. Siguiendo con este análisis, casi no ha habido violencia entre distintos grupos con la misma civilización eslavo-ortodoxa, *e. g.*, los rusos y los ucranianos.³

Finalmente, desde la perspectiva de Huntington, se podría esperar un conflicto renovado entre Estados Unidos y Rusia, o entre Estados Unidos y China. Estados Unidos representa la civilización occidental, Rusia representa la civilización ortodoxa y China representa la civilización confuciana. El conflicto asumirá distintas formas de lo que fue en la Guerra Fría, cuando el lenguaje era ideológico. El lenguaje de los nuevos conflictos será, en cambio, cultural. Pero habrá de todos modos conflictos entre las grandes potencias y las potencias nucleares, y las que representan distintas visiones del mundo y distintas formas de vida. Y aunque Huntington no lo dice así, podrían asumir, de manera concebible, la forma de una guerra fría, completada con todos esos viejos y familiares elementos de disuasión nuclear y alianzas militares.

La visión de Huntington no sólo involucra cada una de las definiciones que compiten en torno al conflicto internacional: también ordena las realidades y prioridades entre ellas. Dada la perspectiva civilizatoria, uno podría caracterizar el eje del conflicto entre la civilización occidental que es actualmente la que domina, y todas las demás, que ahora están subordinadas: "Occidente y el resto", como el título de Kishore Mahbutani en *The National Interest*. Huntington, sin embargo, no lo ve así, sino que percibe que el conflicto central radica entre Occidente y una gran alianza entre las civilizaciones confuciana e islámica, con la civilización confuciana fuerte

³ Sin embargo, han habido choques violentos en Moldova entre los eslavos ortodoxos y los rumanos ortodoxos. Cuando la civilización es definida como eslavo-ortodoxa, en vez de la más obvia *ortodoxa*, esto puede ser sobre-estimado de forma anormal.

en poder industrial y armamento y la civilización islámica fuerte en reservas petroleras y proximidad geográfica a Occidente. Desde la perspectiva civilizatoria, el largo conflicto (cerca de los trece siglos) entre el islam y Occidente indicaría un conflicto continuado por un largo tiempo por venir. Por otro lado, aunque el conflicto entre Occidente y las civilizaciones confucianas no es largo (casi menor a dos siglos, o desde la Guerra del Opio de 1840-1842), frecuentemente fue más amargo. Además el florecimiento de las economías de los países confucianos ahora les otorga la posibilidad para pensar en atender el viejo desequilibrio entre ellos y Occidente.

Así, Huntington no percibe un conflicto central entre Occidente y la civilización ortodoxa. El no argumenta por qué, pero hace notar que Rusia es un país “de contención”, el más importante del mundo (otros son Turquía y México). Un país de este tipo está atrapado entre dos civilizaciones, tal vez con su élite y la política de un lado, y el pueblo y su historia del otro. Rusia ha sido un país con éstas características desde Pedro el Grande y casi por tres siglos —atrapado entre los “occidentalizadores” y los “eslavófilos”, entre Europa y Eurasia, entre Occidente y las civilizaciones ortodoxas. Huntington parece pensar que dado que no hay mucho de Occidente en el interior de Rusia, no habrá un conflicto entre los dos. Sin embargo, se podría concluir fácilmente que se desarrollará un conflicto civilizatorio en el interior de Rusia y que el país “de contención” se traumatizará con rigidez y hostilidad resultantes en las relaciones con su otro represor: Occidente.

Tal vez Huntington también encontró que eran importantes dos legados históricos. Primero, el adversario más duradero y profundo de la civilización ortodoxa ha sido la civilización islámica. En segundo lugar, los sufrimientos más traumáticos de Rusia fueron bajo el “yugo tártaro” de Genghis Khan y sus sucesores —difícilmente “civilizaciones confucianas”—, pero desde una perspectiva rusa, más de lo mismo. Si es así, Huntington posiblemente piensa que sería tonto que Occidente permitiera que sus diferencias con la civilización ortodoxa llevaran a Rusia a las armas contra sus adversarios más antiguos. En cambio, Rusia sería un aliado natural de Occidente contra las civilizaciones islámica y confuciana.

De manera similar, Huntington no vislumbra un conflicto central entre Occidente y la civilización japonesa. Él argumenta específica-

mente que las diferencias son, sobre todo, económicas, y que podrían ser negociadas. Es también posible que él vea la civilización japonesa como una civilización aislada, atrapada entre las civilizaciones occidental y confuciana, y que un sabio liderazgo occidental puede realmente mantener a Japón como aliado más que inducirlo a una alianza con la civilización confuciana. De hecho, un buen número de críticos de Huntington en el este de Asia, piensa que ése es precisamente el propósito: construir un camino mediante el cual Occidente pudiera dividir y dominar el este de Asia, esta vez al enfrentar una civilización japonesa aislada y vulnerable contra una amenazadora y ascendente como la confuciana. Después de todo, existen buenas razones y precedentes históricos para concluir que Japón es parte de la civilización confuciana (o bien que la civilización confuciana es una parte de Japón).

Huntington versus Huntington

Huntington ha tenido una carrera larga y excepcionalmente distinguida como científico político. Sus contribuciones distintivas a la ciencia política se han abocado a las constituciones políticas, particularmente al Estado, a las organizaciones militares y a los partidos políticos. Sus libros sobre estos temas son trabajos que lo han hecho uno de los científicos políticos más leídos y respetados en el mundo.⁴ Con todo, las instituciones políticas se encuentran ausentes de su ensayo sobre el choque de las civilizaciones. Sin embargo, los orígenes, ampliación y persistencia de las instituciones han estado intrínsecamente vinculados con las instituciones políticas como los imperios dinásticos tradicionales y los modernos Estados nacionales, y con el poder que han ejercido. Pero distintas civilizaciones han producido distintos tipos de instituciones políticas, y ésto provocará distintos tipos de choques y conflictos. Un énfasis huntingtoniano en las instituciones políticas nos producirá una enmienda al análisis huntingtoniano de los choques civilizatorios.

⁴ Especialmente *The Soldier and the State* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1957); *The Common Defense* (New York, Columbia University Press, 1961); *Political Order in Changing Societies* (New Haven, Yale University Press, 1968), y *American Politics: The Promise of Disbarmony* (Cambridge, MA, Harvard University Press, 1981).

Civilización islámica: legado de Estados débiles. La civilización islámica se creó y amplió por la avanzada militar y el poder político. Hubo tiempos en que existió una potencia islámica líder, de manera más prominente el Imperio Otomano (algunas veces conocido como la "institución otomana rectora"). El Imperio Otomano fue un verdadero Estado-civilización. Sin embargo, nunca hubo época en que existiera verdaderamente una única potencia islámica. Incluso el Imperio Otomano tuvo que negociar con otros imperios islámicos en Persia e India. Luego del colapso otomano, al finalizar la Primera Guerra Mundial, la civilización islámica se dividió en diversos Estados conflictivos.

Hoy la aproximación más cercana al núcleo de la civilización islámica es Irán, pero está largamente aislada del resto del mundo islámico por la teología Shi'ita ó la etnicidad persa (y, temporalmente, por lo menos, por una economía diezmada). Es casi imposible para Irán convertirse en el Estado central de la civilización islámica; es, sin embargo, casi virtualmente imposible para cualquier Estado llegar a eso. Los otros Estados que podrían ser líderes potenciales (Egipto, Turquía, Pakistán e Indonesia) son tan distintos entre sí que es imposible cualquier política concertada hacia Occidente o el resto (e. g., hindú ortodoxo o civilizaciones confucianas). El islam continuará siendo una civilización sin un imperio o sin un Estado central que lleve a cabo una política exterior civilizatoria. Esto significa que el choque entre Occidente y el islam no es probable que tenga lugar al nivel de las guerras convencionales o nucleares entre los Estados occidentales y los Estados musulmanes. (La Guerra del Golfo es la excepción que demuestra —y fortalece— la regla). En cambio, es más probable que tenga lugar entre las sociedades occidentales y los grupos islámicos bajo la forma de acciones terroristas continuas, guerras étnicas y escaramuzas fronterizas.

Civilización confuciana. El legado de un Estado fuerte. La historia de la civilización confuciana es precisamente lo contrario que la del islam. La civilización confuciana se ha centrado en torno a un Estado por 2 mil 200 años, desde los tiempos de la dinastía Han. Mientras que la historia de la civilización islámica ha estado marcada por largos periodos de fragmentaciones, afinada por breves periodos de unidad, la historia de la civilización confuciana ha estado marcada por largos periodos de unidad (o, por lo menos, de defe-

rencia a un centro imperial) afinada por breves periodos de fragmentación.

Hoy como en el pasado, la civilización confuciana sólo tiene un contendiente para el papel de Estado central, *i. e.*, China. (Huntington podría equivocarse al afirmar que Japón no es lo suficientemente confuciano como para ser miembro de la civilización confuciana, pero acierta en que no es lo suficientemente confuciano como para ser líder de esa civilización). Todos los otros países confucianos (y son pocos, y en la mayoría de los casos, pequeños -Corea, Taiwán, Hong Kong y Singapur) pueden aspirar a gravitar, o por lo menos, a diferir de China. El choque entre la civilización confuciana y Occidente (o el resto -*i. e.* las civilizaciones ortodoxa e hindú) tomará la forma de un choque entre China y algún otro Estado (o Estados). Esto significa que lo que ocurra con el Estado chino será crucial para el rumbo y momento de un choque de civilizaciones.

Hace dos generaciones casi nadie pensaría que la forma confuciana de estatización tuviera algún valor en el mundo moderno. Porque pese a todas las diferencias entre los liberales occidentales y los comunistas chinos, unos y otros estuvieron de acuerdo en ello. Sin embargo, en la última década hubo un amplio consenso de que las sociedades confucianas crearon Estados que tienen un protagonismo en el desarrollo industrial. Ellos son Corea del Sur, Taiwán, Singapur y (como sociedad confuciana más que shintoísta o budista), Japón. Ellos son los Estados comerciales más exitosos del mundo.

El Estado chino debe lograr la gran transición de Estado comunista a un Estado confuciano. Este no será un proceso suave y fácil. El Estado confuciano ideal en la era moderna ha sido el Singapur de Lee Kuan Yew. Sus logros fueron extraordinariamente grandes, pero su tamaño es extraordinariamente pequeño (en realidad es una ciudad-Estado, con una población de sólo 2. 8 millones de personas). Los otros Estados confucianos exitosos se encuentran también en países pequeños, con la excepción del parcialmente confuciano Japón. Así, subsiste una pregunta fundamental: ¿el Estado moderno confuciano será capaz de gobernar 1. 2 mil millones de personas?

Podría ocurrir un choque entre las civilizaciones occidental y confuciana, pero pronto se producirá un encuentro entre el pasado comunista y el futuro confuciano en China misma. La naturaleza de este choque interno permeará ampliamente la naturaleza y el momento

del externo. Un choque de civilizaciones que ocurriera tras “prolongados problemas” chinos tendría diferentes consecuencias que uno que tuviera lugar en el futuro cercano.

En cualquier caso, el choque entre las civilizaciones occidental y confuciana, como el choque entre las civilizaciones occidental e islámica, no es probable que ocurra al nivel de las guerras convencionales o nucleares. En cambio, es más posible que tenga lugar entre el capitalismo liberal o de estilo occidental y el capitalismo dirigido por el Estado o de estilo confuciano, bajo la forma de conflictos económicos, disputas de derechos humanos con una dimensión económica y guerras comerciales.

De la cristiandad a “Occidente”

Una mirada más cercana a la lista de las principales civilizaciones de Huntington planteará una pregunta fundamental acerca de la naturaleza de las civilizaciones y las diferencias entre ellas. El identifica como civilizaciones las siguientes: “confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslava-ortodoxa, latinoamericana y, posiblemente, africana.” Es una recolección variada de términos. Cuatro identifican claramente una civilización con una religión (en palabras de Toynbee, una iglesia universal). Sin embargo, las dos civilizaciones con las economías más avanzadas —la occidental y la japonesa— se identifican en términos seculares. Ya hemos resaltado que la civilización japonesa es el resultado de la síntesis de tres religiones —confucionista, shintoísta y budista— por lo que, en su caso, el uso de un término nacional en vez de un religioso parece lógico.

La anomalía real que presenta la lista de Huntington es la más poderosa y más extendida civilización de todas ellas —la civilización occidental— que se identifica con un término que sólo es una dirección geográfica. En vez de sugerir la esencia profunda de la civilización, el término “occidental” denota algo insípido, suave, sin contenido. Y en vez de favorecer el dominio global de la civilización, el término “occidental” denota un lugar limitado, sin aliento.

La característica problemática de la civilización occidental va, sin embargo, más allá de una terminología anómala. Alcanza el carácter más fundamental de la civilización, su definición y rumbo.

Lo que importa es que la civilización occidental es la única civilización explícitamente no religiosa o posreligiosa. Esta es la diferencia radical de Occidente respecto a otras civilizaciones. Ayuda a explicar por qué hay nuevos conflictos entre Occidente y el resto. Puede ser que estos conflictos se tornen más intensos en el futuro. Y también señala una posible grieta fatal en el interior de la misma civilización occidental.

Hace 300 años nadie sabía de la existencia de una civilización occidental, ni siquiera los que vivían en el interior de ella. El término, entonces, y que sería usado en palabras de Huntington para otras civilizaciones, fue cristiandad. La historia de cómo la cristiandad se convirtió en civilización occidental y de cómo la mayoría de las civilizaciones han retenido una identidad religiosa es crucial para el entendimiento del choque de las civilizaciones en el futuro.

La civilización occidental es, como hace notar Huntington, producto de una serie de grandes movimientos culturales e históricos. Los más destacados en este gran desfile son el Renacimiento, la Reforma, la Contra-Reforma, la Ilustración, La Revolución Francesa y la Revolución Industrial. La lista de Huntington no incluye la Contra-Reforma. Esto es natural para los estadounidenses; sin embargo, los europeos poseen buenas razones para considerarla.

La Ilustración logró la secularización de buena parte de la clase intelectual, la clase de las ideas, lo que hasta ahora ha sido llamado cristiandad. La civilización ya no se denomina así, aunque buena parte de su población ordinaria se mantiene cristiana. La Revolución Francesa y la Revolución Industrial divulgaron las ideas de la Ilustración y la secularización a importantes partes de su población, si bien las iglesias cristianas continuaron siendo una fuerza vital en el interior de la civilización. Pero desde la Ilustración no ha sido posible referirse a la civilización como cristiandad.

Por un tiempo, a finales del siglo XVIII y principios del XIX, Europa se tornó en el término preferido para la civilización. Pero este fue también el tiempo en el que tomaron auge los asentamientos europeos en el Nuevo Mundo con el estatus de naciones independientes. Ello hizo imposible el término de "civilización europea."

Por un periodo breve y exhuberante en el siglo XIX, cuando esta civilización parecía la única dinámica y en crecimiento y con las otras en franco declive o decadencia, el término preferido fue sólo "civi-

lización”, dado que ésta parecía ser la única que existía. Pero este término tampoco pudo sostenerse.

Fue sólo hasta el inicio del siglo XX que se acuñó el término “civilización occidental”. El término registraba la idea de que esta civilización, a diferencia de otras, no ponía la religión en su seno. También daba cuenta de que esta civilización sólo era una entre otras tantas. Fue una civilización que superaba el entusiasmo de la fe y que también superaba la ventaja de ver una civilización tan bendecida que era única en su tipo. El término era, en sí, la primera señal del declive. No fue accidental que, casi tan pronto como fue inventado, comenzó a usarse en un contexto de pesimismo, como en *The Decline of the West (El ocaso de Occidente)*, de Oswald Spengler (1918). Si el término hubiese quedado en las manos o en las mentes de los europeos, posiblemente habría tenido una vida corta e infeliz.

Fue el Nuevo Mundo el que tuvo que revertir el pesimismo del Viejo. Los estadounidenses dotaron de un nuevo significado al término civilización occidental, primero cuando enfrentaron la inmigración europea hacia Estados Unidos y luego cuando enfrentaron las naciones europeas en Europa misma. Para los estadounidenses, entonces, y para Huntington, ahora, la civilización occidental era el conjunto de ideas de “individualismo, liberalismo, constitucionalismo, derechos humanos, igualdad, libertad, el imperio de la ley, democracia, mercado libre, la separación de la iglesia y el Estado.”

El nuevo contenido de la civilización occidental se convirtió en el credo estadounidense. De manera coincidente, el nuevo contexto del credo estadounidense se convirtió en la civilización occidental. La combinación de la energía estadounidense y de la imaginación europea lleva a la idea de una civilización occidental de poder y legitimidad. El poder ayudó a Estados Unidos a ganar tanto la Segunda Guerra Mundial contra la Alemania nazi como la Guerra Fría contra la Unión Soviética. La legitimidad ayudó a organizar la larga paz en el interior de Europa occidental que estaba muy asimilada a la Guerra Fría. Por lo tanto, el término “civilización occidental” ha experimentado su propia era heroica.

Esa era, sin embargo, llegó a su fin. En parte porque el término ya no dota a Estados Unidos de legitimidad entre los europeos. Incluso hoy, con todo, cuando ya no existe una gran potencia que amenace Europa, los europeos han estado dispuestos a poner lími-

tes al liderazgo de Estados Unidos (como lo ilustran las distintas crisis en el Golfo Pérsico, Bosnia y África). La principal razón de que la era heroica haya terminado, es porque no proporciona energía en el interior de Estados Unidos mismo, y ello se debe a que ya no existe legitimidad entre los estadounidenses.

El declive de la civilización occidental es un cuento que los académicos han venido diciendo desde el *fin-de-siècle* del siglo XIX. "La civilización occidental" era en sí un indicio de declive. Ahora, en el *fin-de-siècle* del siglo XX, el declive del término es indicio de un declive aún más avanzado. Ello se suma a ciertas transformaciones en el interior de Occidente que han madurado en los años noventa.

Las grandes transformaciones

Un gran acontecimiento de los noventa, desde luego, fue el fin de la Guerra Fría. Numerosos analistas conciben este suceso como el más importante para los asuntos internacionales, sobre todo quienes se abocan a la seguridad internacional y el interés nacional (y que leen *The National Interest*). Pero los noventa han sido vistos como un proceso de maduración de otros importantes acontecimientos que tendrán consecuencias nodales para la seguridad internacional y el interés nacional, y que ejercerán influencia sobre el choque de civilizaciones: primero, tuvo lugar la transformación de los países más industrializados a posindustriales, con una transformación paralela de las sociedades modernas a posmodernas; en segundo lugar ocurrió la transformación de la economía internacional a una verdaderamente global.

La transformación de una economía industrial a una posindustrial. Al nivel más evidente, esto significa la sustitución de la producción industrial por procesos de servicios. Estos cambios han sido advertidos y discutidos por más de una generación, al menos desde que Daniel Bell publicó *The Coming of Post-Industrial Society* (1973). Probará ser útil para nuestros fines enfatizar, sin embargo, una dimensión de esta transformación: la del género.

La economía agrícola empleaba tanto hombres como mujeres. Eran empleados, ciertamente, para realizar tareas distintas, pero trabajaban en el mismo lugar: la granja, que también era su casa. La

economía industrial emplea hombres de manera amplia. Trabajan en tareas diferentes de las que efectúan las mujeres, y en lugar distinto, la fábrica, que está lejos de casa. La economía de servicios es como la economía agrícola, ya que emplea hombres y mujeres. Pero los emplea para las mismas tareas y en el mismo lugar, la oficina. Al igual que la economía industrial, ese lugar está lejos de casa. Estas diferencias simples en las tareas y lugares han tenido, tienen y tendrán enormes consecuencias para la sociedad.

El mayor cambio de la segunda mitad del siglo XIX fue el traslado de los hombres de la granja a la fábrica. A partir de ese cambio surgieron varios movimientos políticos que permearon la historia de la época —socialismo y anti-socialismo, revoluciones y guerras civiles. Las consecuencias totales de este movimiento de la granja a la fábrica culminaron en la primera mitad del siglo XX con la Revolución Comunista en Rusia, la reacción nacionalsocialista en Alemania y la Segunda Guerra Mundial, que incluyó una gran lucha entre los dos.

El mayor movimiento de la segunda mitad del siglo XX fue el traslado de las mujeres del hogar a la oficina. Como consecuencia de ese movimiento, emergieron movimientos políticos que están empezando a influir en la historia de nuestro tiempo. Uno es el feminismo, con sus demandas políticas, que van desde la igualdad de oportunidades hasta los derechos sobre el aborto. El feminismo ha inducido una nueva forma de conservadurismo. Este nuevo conservadurismo habla de los “valores familiares”; sus opositores los llaman “derechos religiosos.”

Las consecuencias de este cambio de la casa a la oficina, sólo culminarán en la primera mitad del siglo XXI. Tal vez no asuma la forma de revoluciones, guerras civiles y guerras mundiales, como fue el movimiento temprano de los hombres de la granja a la fábrica. Las feministas han elaborado teorías que explican por qué las mujeres son menos violentas que los hombres. Pero hay otros elementos en juego.

El traslado de la granja a la fábrica en gran medida llevó a la sustitución de la familia amplia por la familia nuclear. Separa a los padres de los hijos, así como permite que la esposa se separe de su marido. Al partir la familia nuclear, está ayudando a que la familia sea sustituida por una “no-familia” (familia “no tradicional”, como es

vista por las feministas; “ninguna familia”, como es vista por los conservadores). La ruptura de las familias nucleares, como la ruptura del átomo nuclear, liberará una enorme cantidad de energía (que las feministas perciben como libertaria y que los conservadores simplemente consideran destructiva).

Algunos indicios de que esa energía podría diluirse por la conducta de los hijos de familias con padres separados, especialmente donde han alcanzado una formación intelectual de masa crítica en más de la mitad de la población, se encuentran en ciertas ciudades de Estados Unidos. En dichas localidades no hay mucha evidencia de la “civilización occidental”, ni siquiera de la civilidad. Por miles de años, la ciudad fue la fuente de la civilización. Sin embargo, en Estados Unidos se ha tornado sólo en la fuente de la barbarie.

La transformación de la economía internacional en una global. Al nivel más evidente, esto significa la sustitución de la producción nacional que está involucrada en el comercio internacional, con la producción global, que está involucrada en un mercado mundial en comercio, inversión y tecnología. Estos cambios también han sido advertidos y discutidos por una generación, desde que Raymond Vernon publicó su *Sovereignty at Bay* (1971). Pero su madurez sólo se produjo en la década pasada, como afirmaba Vernon recientemente en su *Defense and Dependence in the Global Economy* (1992). Nosotros sólo advertiremos uno de estos aspectos. La globalización de la producción significa la reubicación de la producción industrial de países altamente industrializados, calificados y con salarios considerables a países de bajos salarios pero que tienen una alta calificación en su condición de economías de industrialización reciente (NIC's). Esta es la desindustrialización de los países avanzados, la mitad oscura de la transformación posindustrial que discutíamos anteriormente. Ambas transformaciones de la industria a la posindustria y de la internacional a la global, están íntimamente conectadas.

La conjunción de las dos pruebas —la desindustrialización de las economías avanzadas y la industrialización de los países menos avanzados— significa que los países más avanzados se están tornando menos modernos (*i. e.*, posmodernos), mientras que los países menos industrializados se están tornando más modernos. O visto desde una perspectiva civilizatoria, Occidente está convirtiéndose

en menos moderno, y el resto, sobre todo la civilización confuciana, está tornándose más moderna.

Americanización vs multiculturalismo

El acontecimiento más significativo para la civilización occidental, sin embargo, ha ocurrido en el interior de su potencia líder, que alguna vez fue su "defensor de fe." De manera creciente, las élites políticas e intelectuales de Estados Unidos ya no piensan en la Unión Americana como líder, ni como miembro de la civilización occidental. La civilización occidental no significa nada para muchos de ellos. Y en el mundo académico, la civilización occidental es vista como una hegemonía opresiva que debería ser derrotada.

La clase política e intelectual estadounidense piensa en Estados Unidos, en cambio, como en una sociedad multicultural. Las culturas preferidas son las de los afro-estadunidenses, los latinoamericanos, los asiático-estadunidenses. Estas culturas derivan de civilizaciones africanas, latinoamericanas, confucianas e islámicas, más que de la occidental. Juntas forman una serie de nichos, e incluso colonias de estas civilizaciones en el continente norteamericano, y ahora están desafiando ahí la hegemonía de la civilización occidental.

Sin embargo, Estados Unidos siempre ha contado con una vasta población de afro-estadunidenses y de latinoamericanos. De manera análoga, aunque la población asiático-estadunidense de Estados Unidos se ha más que duplicado desde los cambios que produjo la ley de inmigración de 1965, los asiático-estadunidenses todavía representan sólo el 3 por ciento de la población de la Unión Americana. El grueso de la demografía de Estados Unidos es más o menos igual desde hace varias décadas. Algo más tuvo que ser añadido para convertir una demografía multiracial en una ideología multiracial, estableciendo una sociedad multicultural.

No es solamente la suma de un vasto número de inmigrantes de distintas culturas en años recientes. Esta no es la primera vez que Estados Unidos ha experimentado altos números de inmigrantes de distintas culturas, con la idea de que su aceptación de la cultura dominante parecería problemática. Una condición similar existió hace

un siglo, particularmente de 1880 a 1920, cuando la cultura formada en el interior de Estados Unidos por los europeos occidentales (principalmente los de ascendencia británica) tuvieron que enfrentar un vasto número de inmigrantes de Europa oriental o del sur (sobre todo polacos, judíos e italianos). Estos inmigrantes eran parte de la civilización occidental, pero ello no consolaba a los estadounidenses que ya residían en la Unión Americana. La mayoría de los estadounidenses de la “vieja camada” no sabían siquiera que eran parte de la civilización occidental (el concepto difícilmente existía entonces), pero pensaban respecto a sí mismos, en términos de identidades religiosas, nacionales o raciales (ilegítimas).

La reacción de las élites políticas e intelectuales de ese tiempo a su realidad multicultural era precisamente a la inversa a las de las élites políticas e intelectuales de hoy. No se regocijaban por la sociedad multicultural ni se dedicaban a hacerla más multicultural. En cambio, desarrollaron un programa masivo y sistemático de “americanización” imponiendo a los nuevos inmigrantes y a sus hijos el idioma inglés, la historia anglo-estadunidense y el civismo estadounidense (lo que Robert Bellah denominaría más tarde la “religión civil” estadounidense y lo que Huntington llamó el “credo estadounidense”). La élite anglo-estadunidense se vio ayudada en su proyecto de “americanización” por el esplendor de la economía de Estados Unidos durante este periodo, que dio a los inmigrantes amplias razones para asimilarse, y con la restrictiva ley de inmigración de 1924, que esencialmente detenía la inmigración procedente de Europa oriental y del sur y permitió que el proceso de “americanización” operara bajo la influencia de las masas asentadas.

Este gran proyecto de “americanización” fue poco rentable e incluso cruel. Muchos individuos fueron oprimidos y victimados en su nombre, muchas vetas ricas en cultura y otras no tanto, se desecharon. Pero los logros de ese proyecto fueron imponentes, si bien extraños. En particular, cuando Estados Unidos entró a las grandes guerras del siglo XX, primero en la Segunda Guerra Mundial y luego la Guerra Fría, lo hizo como Estado nacional, no como una sociedad multicultural. (Hitler subestimó permanentemente a Estados Unidos porque pensaba que lo segundo se ubicaba en primer lugar; él pensaba que Estados Unidos seguía siendo el mismo que en los tiempos de la Primera Guerra Mundial). Fue en virtud del proceso

de "americanización" que Estados Unidos pudo convertirse en líder y garante de la civilización occidental.

De hecho, una de las consecuencias de este gran proyecto de "americanización" fue la divulgación, en el interior de la élite académica estadounidense, del concepto de civilización occidental. La élite política se mantuvo conforme con la "americanización" de la población. La élite académica (particularmente en Harvard, Yale, Columbia y Princeton), sin embargo, se encontraba educando a la élite del futuro. Para este fin, la simple "americanización" era muy ruda y primitiva. En ella, se trataba de imponer unilateralmente la "americanización" en las personas que eran, en cierto sentido, europeas y estadounidenses. Esto se convirtió en la "civilización occidental." Como hemos visto, muy poco pasó en esta civilización occidental para contradecir el credo estadounidense. Todos los elementos que Huntington identifica como componentes de la civilización occidental estaban también en el credo estadounidense.

Dstrucción de Occidente

La presencia de afro-estadunidenses, latinoamericanos y asiático-estadunidenses podría haber sido suficiente para crear una ideología multicultural en los ochenta y en los noventa. Pero estos tres grupos no habrían sido suficientes para crear una ideología adoptada por buena parte de las élites intelectuales y políticas estadounidenses, o para traducirla en políticas que permitieran el establecimiento de una sociedad multicultural. Incluso una coalición entre ellos no habría sido lo suficientemente grande como para tomar el poder y hacer política. Una verdadera coalición tendría que incluir en su seno un grupo más cercano en el espectro social y educativo al de la élite existente y más cercano al de la economía posindustrial emergente. Ese grupo que en realidad no sería un grupo sino una mayoría, estaría conformado por mujeres. Ya hemos resaltado la importancia de las mujeres en la economía posindustrial y la importancia consecuente del feminismo en la política posmoderna.

El movimiento feminista es central a la coalición multinacional y su proyecto. Proporciona las cifras, habiendo alcanzado un núcleo en la academia, y ahora en los medios de comunicación y en las

leyes. Promueve teorías; por ejemplo, la de la destrucción del posmodernismo. Y dota de buena parte de energía y liderazgo el espectro político.

La coalición multinacional y su núcleo feminista desprecian las versiones europeas de la civilización occidental, que perciben como el trabajo de “hombres blancos europeos muertos.” También desprecia la versión estadounidense del credo estadounidense, particularmente del liberalismo, del constitucionalismo, del imperio de la ley, de los mercados abiertos (también rechaza, en la práctica, la separación de la iglesia y el Estado, porque quiere usar al Estado contra la iglesia, especialmente para atacar al clero dominado por hombres como una violación de la igualdad de oportunidades y para atacar como una violación de los derechos de la mujer la negativa de los hospitales de la iglesia para permitir abortos). El proyecto multicultural ya tuvo éxito en marginar a la civilización occidental en su núcleo intelectual, las universidades y los medios de comunicación de Estados Unidos.

El verdadero choque

Las ideas de la Ilustración se inventaron en Gran Bretaña, después de las guerras religiosas del siglo XVII. Las adoptó la élite intelectual de la gran potencia del siglo XVII, Francia, que procedió entonces a divulgarlas por toda Europa. Las ideas de la posilustración fueron inventadas en Francia luego de las guerras ideológicas de mediados del siglo XX. Las adoptó la élite intelectual de la más grande potencia del siglo XX, Estados Unidos, que está empezando a divulgarlas a lo largo de la civilización occidental.

El derrocamiento de la Ilustración por la posilustración también es la derrota de la modernidad por la posmodernidad y, por lo tanto, de Occidente por el posoccidente. Al momento de su gran triunfo, la derrota de la mayor potencia que se le opone, la civilización occidental se está convirtiendo en no-occidental. Una razón es que se ha tornado global y, por lo tanto, extra-occidental. Pero la razón real, fatal, es que se ha tornado en posmoderna y por lo tanto en posoccidental.

El verdadero choque de civilizaciones no será entre Occidente y

uno más del resto. Será entre Occidente y el pos-Occidente, en el interior de Occidente mismo. Este choque ya tuvo lugar en el interior del cerebro de la civilización occidental: la clase intelectual estadounidense. Ahora se está esparciendo de ese centro al cuerpo político estadounidense.

Los años noventa han presenciado otra gran transformación, esta vez en los movimientos liberales y conservadores que han definido la política estadounidense y que, independientemente de sus diferencias, han creído en las ideas modernas representadas por el credo estadounidense. Para los liberales, la energía política se encuentra ahora entre los activistas multiculturales. El liberalismo está dejando de ser moderno y se está haciendo posmoderno. Para los conservadores, la energía política se encuentra entre los creyentes religiosos. El conservadurismo está dejando de ser moderno y se está haciendo premoderno. Ni los liberales ni los conservadores son creyentes de la civilización occidental. Los liberales se identifican con la sociedad multicultural o una civilización posoccidental (como tal). Los conservadores se identifican con la cristiandad o una civilización preoccidental. Surje la pregunta de quién, en el Estados Unidos del futuro, creará en la civilización occidental. En términos prácticos, ¿quién creará lo suficiente como para luchar, matar y morir por ella en un choque de civilizaciones?

Es históricamente apropiado que Samuel Huntington haya formulado un llamado a la civilización occidental y a los estadounidenses que viven en su interior. En el siglo XVII los primeros Huntingtons llegaron a Estados Unidos como puritanos y fundadores de la Colonia de Massachusetts. En el siglo XVIII, Samuel Huntington de Connecticut, fue signatario de la Declaración de Independencia y prestamista del general George Washington de los fondos necesarios para mantener su ejército en el Valle Forge. En el siglo XIX, Collis P. Huntington fue el constructor del ferrocarril transcontinental. En el siglo XX, Samuel P. Huntington ha sido, por más de 40 años, el científico político más brillante y creativo de Estados Unidos. Los Huntingtons han estado presentes en la creación de la mayor parte de los grandes acontecimientos de la historia de Estados Unidos, que a la vez ha estado vinculada a las grandes transformaciones de la civilización occidental —la Reforma, la Ilustración, la Revolución Francesa y la Revolución Industrial. Y es apropiado que en nuestro

siglo, Samuel Huntington no sólo haya sido un analista de la civilización occidental, sino un ejemplo de inteligencia creativa.

La clase intelectual estadounidense de nuestro tiempo está presente en la destrucción de la civilización occidental. Cuando esa civilización esté en ruinas, sin embargo, serán sus glorias, no sus barbaries multiculturales, las que se recordarán. Y cuando esa clase intelectual haya desaparecido, serán los brillantes logros de Samuel Huntington, y no los aburridos clichés de los destructores, los que también serán recordados.